

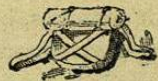
mano y con la cabeza, y, despues, pasando un brazo alrededor del cuello de la jovencilla, que estaba á su izquierda, se volvió á su madre que estaba al otro lado, y, con voz interrumpida por los sollozos, exclamó:

—¡Oh, madre! ¿Lo querrás creer? ¡Estoy contento!

Y le dejo caer la cabeza en el seno.

Los ojos de todos los circunstantes se llenaron de lágrimas.

El rumor de la música se extinguía, poco á poco, alejandose lentamente camino abajo.



EL EJÉRCITO ITALIANO

DURANTE EL CÓLERA DE 1867.



ADA vez que pienso en todo lo que el ejército ha hecho y padecido por el país durante el cólera de 1867, experimento el mismo sentimiento de admiración y gratitud, que se despertaba en mí en aquellos días á la noticia de todo nuevo acto de caridad y de valor cívico: y me acomete la duda de si la mayor parte de aquellos actos han sido ya olvidados, si muchos no se supieron jamás, ó si todos ó cuasi todos se anotaron demasiado vagamente para ser dignamente estimados y alabados.

Por fuerza el recuerdo de todas aquellas bellas acciones individuales, el pueblo lo ha confundido ya en un solo concepto—el ejército se ha portado bien—como despues de una batalla ga-

nada, expresa y exalta en el nombre de un general, la gloria y el hecho admirable de cien mil soldados.

Más me confirmo en este temor, citando considero que el país, el cual no es más que un simple espectador en la guerra y puede y suele notar muchas cosas, habiendo sido á la vez en este acontecimiento del cólera, actor y víctima á un tiempo del terrible drama, es natural que observara poco á tantos y fugitivos hechos parciales, los cuales, aunque altamente generosa los ensalzara la fama, eran siempre leves é insensibles los efectos respecto á la magnitud del mal que pesaba sobre él en gran parte.

No hay ahora quien no comprenda cómo el sentimiento de admiración y de gratitud que se deriva de la noticia vaga de la obra que realizó el ejército en favor del país en aquella ocasión, debe ser bastante ménos profundo y duradero, y el ejemplo bastante ménos eficaz que lo sería si conociera la manera como aquella obra fué individualmente prestada, los sacrificios que costó, los peligros que la acompañaron, teniendo esculpida la imágen en la mente, ó pudiendo aplicar la admiración á hechos determinados y ligando la gratitud á los nombres.

Algunos de estos hechos y de estos nombres voy á consignar con ánimo de renovar los recuerdos de quien los haya olvidado ó no los haya sa-

bido jamás. Y me mueve á esta obra no tanto el pensamiento de la dulce y noble complacencia que experimento como ciudadano y como soldado, escribiendo una página tan gloriosa para el ejército italiano, cuanto el sentimiento, que es en mí vivísimo, de cumplir un deber de justicia, sacando á luz muchas virtudes, muchos sacrificios olvidados ú oscuros; y además de esto, el convencimiento de que no es cosa inútil presentar un espléndido ejemplo de cómo se ha de conducir el hombre y el ciudadano frente á las desventuras nacionales.

* * *

A fines del año 1866, no se temía en Italia, ya que el cólera había invadido aquel año muchas provincias, que se presentara en el año siguiente. Volvió, sin embargo, como todos saben, y más terrible y más obstinado que nunca; entre todas las provincias italianas, la que sufrió mayores daños fué Sicilia, de la cual escribiré casi exclusivamente á fin de que resulte lo escrito más ordenado y breve.

En los meses de Enero y Febrero del 67, el cólera hacía algunas víctimas en los alrededores de Girgenti y especialmente en Puerto-Empedo-

cle; desde donde en el mes de Marzo se esparció por toda la provincia, y de ésta en Abril por la de Caltanissetta y creció despues ligera y crudamente en entrambas durante Mayo, favorecido por el calor estival que se dejó sentir con un mes de anticipacion por razon de la excesiva sequía. No decreció un punto en Junio, excepcion hecha de la sola ciudad de Caltanissetta en la cual decrecía rápidamente; así es, que en los primeros días de aquel mismo mes invadió la provincia de Trapani, la de Catania, la de Siracusa, y al comenzar Julio, Palermo, y á principios de Agosto, Messina.

Entre tanto se había propagado por casi todas las demás provincias de Italia y particularmente por las del Mediodía, y más que en otra alguna, en la de Reggio donde hizo su último y más espantoso estrago al terminar el año.

Desde los primeros indicios que se observaron en las provincias de Girgenti y de Caltanissetta, el general Medicis, que mandaba la division de Palermo, casi adivinando el curso terrible de la epidemia, puso en vigor todas las cautelas higiénicas prescritas por el Ministerio de la Guerra en 1865. Dividió los cuerpos en un número mayor de destacamentos para que ninguna ciudad ni ningun pueblo careciese de ellos; ordenó que por todos lados se dispusieran hospitales militares para los coléricos, enfermerías para los sos-

pechosos y casas de convalecencia en los sitios más apartados y saludables; instaló en cada guarnicion una comision de vigilancia sanitaria; prescribió limpieza rigurosa y cuidadosas y frecuentes desinfecciones en todos los cuarteles; suspendió todo movimiento de tropas de los lugares infestados á los inmunes; impuso á cada cuerpo, á cada destacamento que se presentara sobre la marcha á cualquier invitacion de la autoridad civil para el servicio de cordones sanitarios y para auxiliar á la guardia nacional en la tutela de la seguridad pública; ordenó que se buscasen y se preparasen en los alrededores de las ciudades principales los lugares más á propósito para acampar las tropas en el caso de que ocurriera la necesidad; mejoró la manutencion del soldado con distribuciones diarias de vino y café; por último, exhortó á los oficiales á preparar el ánimo de los soldados para aquella vida de sacrificios, de peligros y de sufrimientos, que cada uno en el fondo de su corazon ya presentía y esperaba con ánimo resignado y fortificado por la experiencia del año antecedente.

Tales providencias tomaban tambien al mismo tiempo la mayor parte de los comandantes de division de las demás provincias italianas y por todos lados se preparaban hospitales, se desinfectaban cuarteles, y habia una tarea continua de médicos y oficiales, un continuo dar y reci-

bir órdenes, un insólito revoltijo de hombres y de cosas, como en los comienzos de una guerra. En una palabra, aquella viva agitacion de los ánimos que suele preceder á los grandes sucesos, y que cada cual se expresa tambien á sí mismo con la palabra:—¡Listos!

Pero por mucho que estuvieran dispuestos á hacer por el bien del país el ejército y los ciudadanos animosos y honrados, tres grandes fuerzas enemigas debían convertir en gran parte y por mucho tiempo en infructuosa la obra: la supersticion, el miedo, la miseria, asiduas compañeras de la mortandad en todos los países y en todos los tiempos.

En la mayoría de las poblaciones y particularmente en las pequeñas, los alcaldes y otros muchos funcionarios públicos, abandonaban su puesto á la primera aparicion del cólera, y de algunos países desertaban todos á un tiempo con las familias y bienes muebles. Los ricos, los acomodados, todos los que hubieran podido socorrer más eficazmente á la plebe, huían de la ciudad y se refugiaban en las quintas. En pocos días, todas las casas de campo estaban llenas de ciudadanos fugitivos, y no solo de ricos, sino de todos los que poseían lo bastante para poder vivir sin trabajar algunos dias, y poder alquilar, aun á costa de grandísimos sacrificios, un caserío, una cabaña, una choza, cualquier agujero, con

tal que estuviese lejos de la ciudad y apartado cuanto fuera posible de cualquiera otra habitacion.

Abandonada á sí misma, y temerosa por el miedo de los demás y por la soledad en que se la dejaba, la jente pobre huía é iba errante á bandadas por la campiña arrastrando míseramente la vida con las languideces del hambre. El terror general se acrecentaba notablemente por el recuerdo de las grandes desventuras sufridas en el año anterior; se padecían como sucede siempre, males mayores; se pronosticaba ya el fin, antes del principio; en cada provincia se exageraban fabulosamente los estragos de las otras; en el campo se contaban horrores de la mortandad de las ciudades; en la ciudad sucedía otro tanto con respecto al campo.

A qué estado se encontraba reducida la poblacion que permanecía en el país, es fácil imaginarlo. Excepcion hecha de contadas ciudades, estando por todas partes abandonada y en desórden la administracion municipal, se descuidaban las medidas higiénicas. A menudo las poblaciones creyendo firmemente que aquellas medidas eran inútiles, rehusaban prestarles su cooperacion, sin la cual resultaban ineficaces, á pesar del buen deseo de la autoridad y del celo de los escasos ciudadanos que pensaban y obraban rectamente. Agréguese á esto que muchos pueblos habían quedado sin médico, sin farmacéutico, y

todos además, aun los más grandes, estaban desolados por la miseria que la carestía del año anterior había producido, y la cosecha escasa de aquel año y la enorme mortalidad acaecida en los ganados había acrecentado.

En quiebra gran número de comerciantes; suspendida la construcción del camino de hierro; interrumpidas muchas obras públicas provinciales y municipales; multitud de fábricas cerradas; los obreros sin trabajo; en clausura en un principio las tiendas de objetos de lujo; después, muchísimas de lo más necesario; las oficinas abandonadas; centenares de familias reducidas á no vivir más que de hierbas y de higos de la India; en todas partes el hambre, el decaimiento, la palidez de la muerte.

Para colmo de desventura, se propagaba cada día más y echaba raíces profundas en el pueblo la antigua superstición de que el cólera era efecto del veneno esparcido por orden del Gobierno, que el vulgo de la mayoría de los países meridionales, por costumbre contraída bajo la opresión del Gobierno caído, considera como un enemigo, continua y ocultamente ocupado en hacerle daño por la necesidad de su propia conservación. En Sicilia esta superstición estaba aumentada por el convencimiento de que el Gobierno quería vengarse de la rebelión de Setiembre, así es que una gran parte de las medidas sa-

nitarias, adoptadas por la autoridad gubernativa encontraban en la plebe tenaz oposición; toda providencia tenía el color de un atentado, en toda orden se sospechaba una mira criminal, en el menor indicio se hallaba motivo que confirmara el envenenamiento; en la cosa más pequeña se veía una prueba.

Los hospitales, las desinfecciones, las visitas de los empleados públicos, todo era objeto de desconfianza, de miedo, de odio.

Los pobres no se resolvían á dejarse transportar á los hospitales, sino en los momentos extremos cuando todo remedio resultaba ineficaz. Morían la mayor parte, y por esto mismo se creía más firmemente por el vulgo, que la medicina fuera veneno y los médicos asesinos. Preferían morir abandonados sin socorros ni auxilios. No creían en el contagio, así es que vivían confundidos sanos y enfermos, familias numerosas en angostos zaquizamís, focos terribles de pestilencia. Ocultaban los cadáveres para que no se les pusiera en aislamiento ó porque les repugnaba verlos enterrar en el cementerio y no en la iglesia como es costumbre en muchos pueblos, ó por la estúpida opinión de que á menudo los atacados del cólera lo parecen, pero no están muertos de veras, y resucitan después de algún tiempo. Se ponía todo el cuidado en eludir las pesquisas de la autoridad, en una palabra.

Frecuentemente se resistía con la fuerza á los agentes públicos que iban para sacar de las casas los cadáveres corrompidos; se arrojaban estos cadáveres en los pozos, se enterraban secretamente en el interior de las casas. En algunos pueblos, por descuido de la autoridad ó por falta de gente que se quisiera prestar al piadoso oficio, los cadáveres, como no tuvieran parientes, se dejaban muchos días abandonados en las viviendas ó eran arrojados y se dejaban descubiertos en el cementerio, ó se cubrían con una ligera capa de tierra; así es que alrededor estaba la atmósfera impregnada de miasmas morbosos y no se encontraba quien quisiera acercarse á aquel sitio y era preciso buscar otros terrenos para sepulturas.

Las preocupaciones vulgares eran secretamente fomentadas por los borbónicos y los clericales.

Eran sospechosos de envenenamiento todos los agentes de fuerza pública, los guardias civiles, los soldados, los recaudadores de impuestos, los empleados gubernativos; en cualquier sitio, todos los extranjeros indistintamente eran sospechosos. Se repartían y se fijaban por las calles proclamas sediciosas excitando á la venganza y á la matanza.

De vez en cuando las poblaciones armadas con hoces, picas y fusiles se reunían, recorrían tumultuosamente las calles del pueblo, buscando

con ánimo de matar á los envenenadores; amenazaban ó cercaban los cuarteles de los guardias civiles ó de los soldados; asaltaban las casas de los médicos y las saqueaban; penetraban en las farmacias y lo destruían todo; invadían la casa consistorial, arrojaban la bandera nacional é incendiaban el registro y los papeles; obligaban á la guardia nacional á hacer una batida por el campo con ellos en busca de los envenenadores; iban á buscarles en las casas; creían haberles encontrado; les obligaban con los puñales á la garganta á inventar y confesar los cómplices; los mataban cruelmente, despedazaban sus cadáveres y los arrojaban por las calles y plazas del pueblo. Familias enteras acusadas de envenenamiento, se veían repentinamente atacadas de noche por las turbas del populacho, y viejos, mujeres, niños caían agonizantes unos al pié de los otros sin darles tiempo para disculparse ó para suplicar; incendiaban las casas y se dispersaban sus cenizas. En Vía Grande, en Belpasso, en Gangi, en Minfis, en Monreal, en Rossano, en Morano, en Frassineto, en Pórcile, en el Potentino, en el Avellinés, en cien otros sitios, era un continuo reunirse y rebelarse y una horrenda carnicería.

Cada día encontraba el pueblo una piedra, un andrajo, un objeto cualquiera que creía empapado de veneno. Acudía en tropel al alcalde lle-

vando el objeto envenenado, hacía llegar médicos y farmacéuticos para que lo analizaran y quería que el resultado del análisis fuera como él pensaba que debía ser ó caía en las amenazas y las violencias.

En algunos pueblos, la demencia del vulgo iba unida á tal saña, que gran parte de los ciudadanos, por el continuo peligro de ser acusados como envenenadores, se habían visto obligados á fortificarse en sus casas con algunas provisiones de boca, viviendo casi escondidos y reclusos como prisioneros. Despertaba esto, más fuertes las sospechas, se asaltaban las casas y resultaba una lucha.

En los sitios y en los días en que, por benignidad del contagio, el vulgo no era tan brutalmente feroz, los acusados de envenenamiento, solo eran vituperados y perseguidos, y despues arrastrados, cubiertos de sangre ante la presencia del alcalde. A veces los funcionarios municipales, temerosos de la exasperacion de la muchedumbre, no osaban á distraerla de su deseo de venganza y á exortarla para que dejaran á aquellos infelices, y respondían como hicieron en el pueblo de San Nicolás, que:—«aquello que se hiciera les parecía lo más oportuno.»

Y todavía no se había pronunciado la respuesta, cuando aquellos desventurados caían á tierra, cubiertos de sangre, sin presentar ya trazas de for-

ma humana. Los municipios, excepcion hecha de los de las ciudades principales, amenazados como estaban y violentados cada día, habían perdido toda autoridad y eran impotentes para llevar á la práctica las medidas más rigurosamente necesarias para la salud pública, porque á menudo se veían obligados á prevenir ó complacer cualquier deseo ó antojo de la plebe á fin de evitar daños más deplorables.

En un principio, el pueblo imponía que no se dejase entrar en la ciudad alma viviente, y el municipio establecía un riguroso cordon alrededor del pueblo y todo comercio cesaba. Pero apenas empezaba á sentirse los perjuicios de esta interrupcion del comercio, el pueblo pedía que el cordon fuese inmediatamente roto; recrudecía la enfermedad y otra vez se debía restablecer el cordon. Y lo mismo sucedía con todas las demás medidas ya tomadas, ya destruidas segun que la mortalidad crecía ó decrecía, segun que la extrañada fantasía del vulgo, por las diversas manifestaciones de cualquier indicio supuesto las reputaba saludables ó inútiles.

En suma, todas las cosas iban confundidas; en todas parte un desolador espectáculo de miseria y de espanto, el campo recorrido por turbas de mendigos y cubierto de enfermos abandonados y de cadáveres; los pueblos medio desiertos; en la ciudad interrumpida toda frecuencia de pueblo,

desierto todo sitio de encuentro público, suspendido en todos lados el estrépito alegre de la vida obrera, las calles casi desiertas, las puertas y ventanas cerradas, el aire impregnado del olor nauseabundo de los desinfectantes esparcidos por las calles; por todas partes silencio profundo ó confuso revolverse de pobres ó de enfermos, ó lamentos de moribundo, ó gritos del pueblo sedicioso.

A tal extremo se encontraban reducidas las poblaciones de muchas provincias de Sicilia y bajo Napolitano y aun el cuadro que he trazado, no pinta sino muy pálidamente los terribles colores de la verdad.

Pero el sentimiento doloroso que se despierta en el corazón al recuerdo de aquellos funestos días, más que de la noticia de los inmensos daños que el cólera producía, procede de pensar que la mayor parte de estos daños eran debidos á la ignorancia casi salvaje del vulgo, y en general al apocamiento de ánimo de los ciudadanos de todas clases.

El efecto más desconsolador, aunque no inútil de esta desventura del cólera, ha sido haberse demostrado que, en la senda del progreso estamos más atrasados de lo que se piensa, y que el camino que nos queda por andar es más largo de lo que parece á primera vista y que es preciso proceder con más solicitud y resolución.

Sería, en verdad, muy difícil demostrar que en ocasiones semejantes de tiempos mucho menos civilizados que el nuestro, la demencia vulgar haya ido más léjos y haya dado de sí más deplorables pruebas; y que, en la generalidad del pueblo, hoy más que entonces ante las desventuras y los peligros comunes, la razón haya sido vencida por el instinto, la caridad por el egoísmo, el deber por el miedo.

*
*
*

Pero ¿qué hacía el ejército?

El desorden de la administración y la confusión y el miedo general, habían inspirado audacia á los malhechores y ladrones, y dado ocasión para que salieran de nuevo, y unos y otros recorrieran la ciudad y el campo cometiendo toda clase de robos y violencias.

La tropa, que no podía cesar en la faena de dar caza á estos, como su cooperación era indispensable en otros lados, se encontraba cargada por mil obligaciones diversas, á cual más fatigosa y llena de peligros. La fuerza numérica de los cuerpos, que ya era escasa, para hacer frente á las necesidades de tiempos ordinarios, resultaba ahora insuficiente para atender al propio tiempo

al servicio de los hospitales, á los cordones sanitarios y á la seguridad pública.

Todos estos servicios eran no obstante hechos en todas partes, dividiendo la fuerza todo lo posible; de donde resultaba en todos lados que los soldados no dormían nunca dos noches seguidas en los cuarteles y nunca comían á las horas marcadas, sino así de escapada y cuanto y como podían segun el tiempo y las circunstancias.

Continuo movimiento, fatiga continua precisamente en aquellos dias en que hubiera sido necesario el reposo, la tranquilidad y toda suerte de precauciones. No se diga cuánto se resentía la salud del soldado, y cómo por virtud de aquel género de vida resultaba casi inútil el mayor cuidado que se ponía en la policía de los cuarteles, en la bondad de los víveres y en otras muchas caute-las impuestas por los superiores y observadas escrupulosamente bajo su vigilancia.

Pero este servicio era aún el ménos gravoso, si no siempre, ordinariamente, porque se prestaba por cada soldado en intervalos constantes de tiempo, bien que brevísimos y establecidos con regularidad. El servicio más duro era el impuesto de vez en cuando por los inesperados tumultos populares, á altas horas de la noche, algunas veces simultáneamente en varios puntos del extenso pueblo. Y un puñado de soldados debía salir contra una multitud armada que le superaba

en número cien veces y daba furiosos golpes á la puerta del cuartel, y arrojaba piedras á las ventanas y amenazaba con poner fuego á la casa, gritando:— « ¡ Muerte á los envenenadores! — ¡ Muerte á los asesinos del pueblo! » — y otras groseras formas de brutales vituperios.

Los gritos furibundos, resonaban de improviso en los silenciosos dormitorios, los soldados saltaban aterrados del lecho, se vestían con rabia, acudían los oficiales, se echaba mano de las armas, se bajaba precipitadamente la escalera y se arrojaban con ímpetu sobre la muchedumbre.

La muchedumbre se abría, se desparramaba y volvía á unirse, gritando, silbando y arrojando piedras, y los soldados cargaban de nuevo y otra vez la plebe se separaba y así trascurría una hora, toda la noche y muchas veces hasta la mañana siguiente.

Cuando los motines eran de poca gente, salían desarmados é intentaban aquietarlos con buenas palabras, con la persuasion: á veces esto bastaba para dispersarlos; otras eran agredidos, perseguidos y entonces volvían de nuevo al cuartel, se armaban y salían otra vez. Los sediciosos se hacían fuertes en las casas, asomando los fusiles por las ventanas; era preciso echar abajo las puertas, penetrar en las viviendas y llegar á las manos á brazo partido. De día fatiga continua, las noches breves y turbadas: ansiedad y peligros siempre.

A todo esto, en la mayor parte de los pueblos, era preciso que los soldados fuesen á sacar los cadáveres de las casas, á trasportarlos al cementerio en los carros del regimiento, á abrir la sepultura y enterrarlos. A veces, el pueblo se les oponía resueltamente; era preciso penetrar en aquellas sucias habitaciones con bayoneta calada, apoderándose de los cadáveres á viva fuerza.

A menudo era forzoso ir á buscar estos cadáveres al campo y cuando los brazos de los soldados no bastaban para ello se obligaba á los campesinos á prestar su cooperacion, amenazándoles, compeliéndolos. Era menester prohibir á la gente huir de los pueblos, perseguirla, traerla á su propia casa, usando muchas veces de la fuerza, cogiendo por el brazo uno á uno á los individuos de una familia entera de mendigos, turbas de muchachos y de mujeres que rompían en llantos y gritos desesperados.

En todos los cuerpos, en todos los destacamentos se hacían colectas en metálico para las familias más indigentes; en algunos pueblos se distribuía todos los días una cantidad de pan; otras veces de carne y menestra; cuando no se podía dar otra cosa, se daban las sobras del rancho, se daba paja, ropas viejas, cualquier cosa. En muchos cuerpos se constituyeron comisiones permanentes de socorro; los oficiales daban todos

los días una vuelta por las casas de los pobres, á dejar auxilios, á dar consejos, á vigilar; los soldados suministraban á los hospitales los jergones de sus camas, se ofrecían espontáneamente para ir á asistir á los enfermos en los lazaretos y en las casas privadas y así iban y cumplían valerosamente su deber hasta el extremo de lo sublime.

En las ciudades que quedaban privadas de farmacéutico iban tambien á distribuir las medicinas en las boticas, bajo la direccion de médicos militares y las llevaban á las casas cuando el caso lo requería. En otros sitios, donde habían cerrado las tiendas de los alimentos de primera necesidad, hacíanlas abrir á la fuerza, despachando ellos mismos ó vigilando la venta. A menudo se veían obligados á tener abiertas las tiendas, parte despachando los géneros, parte vigilando el orden y la paz continuamente amenazada.

Frecuentísimamente, bien en las aldeas, bien en las ciudades debían amasar y cocer el pan, trabajo que no quería ser aceptado por nadie por la idea de que, sudando se contraía el cólera, y muchas veces se veían obligados á limpiar las calles y las casas de los pobres junto con los guardias civiles y los guardias de seguridad pública, porque no había quien quisiera exponerse, á operacion tan gravemente peligrosa. Cargos ménos humildes, pero más desusados y difíciles tocaban

muchas veces á los oficiales, que debían hacer de alcaldes en los pueblos abandonados por la autoridad, ó bien de médicos, y siempre de limosneros y de misioneros de la civilizacion en medio de poblaciones estúpidas, exasperadas por el miedo y por el sufrimiento, y asaltadas de pasiones feroces.

Lo mismo acontecía á los médicos militares á quienes sobre la curacion de los soldados incumbía casi en todos lados la del pueblo, del cual era preciso que destruyera antes las preocupaciones y venciesen la repugnancia y los odios, razonando y suplicando. Otro tanto pasaba á los comandantes de los cuerpos, perseguidos por mil necesidades, rodeados de mil dificultades, abrumados por mil cuidados, siempre temiendo por su tropa dividida y esparcida aquí y allá, continuamente en fatiga y en peligro. Para todos un dolor inmenso: el de tener, cada día que decir *adios* para siempre á tanto valiente soldado, á tantos buenos compañeros, á tantos amigos queridos.

* * *

Pero todos estos servicios, estos sacrificios, estas obras de caridad, que dibujadas al vuelo, como yo las dibujo, basta para despertar en el

pecho de todo buen ciudadano, un movimiento del corazon, de reconocimiento entusiasta, no pueden aún, como ya dije, estimarse y ser alabados cuanto merecen, mientras no se conozca íntimamente con qué buena voluntad y de qué modo fueron practicados.

Esto es lo que llevo ánimo de decir, y lo que importa que se conozca particularmente por todos los que en los actos generosos de los soldados no suelen ver y apreciar sino los efectos inmediatos y necesarios de la disciplina que ordena y castiga; pero nunca los afectos naturales y espontáneos del corazon, que aquella misma disciplina educa, ennoblece y fecunda.

Es verdad, en efecto, que en los casos del tiempo ordinario, cuando el soldado no comprende ó no ve ó ve demasiado léjos el fruto del óbolo que se le implora para ayuda de alguna pública desventura, ó cuando no comprende la necesidad absoluta de cualquier otro sacrificio y puede creer que hay quien lo puede ó debe hacer en su lugar; es verdad, que en tales casos, el deseo ó la invitacion de los superiores encierra la mayor parte de las veces, si nó la forma, la intencion al ménos y la eficacia de un mandato directo y absoluto, por lo cual, á los actos que le siguen no se puede atribuir el mérito de la espontaneidad; pero esto, por causas diversas no puede aplicarse con ocasion del cólera.

Porque entonces en la mayor parte de los casos, los soldados sabían, veían claramente que la salud de los pueblos en los cuales se encontraban, estaba confiada á sus manos; que, en ciertos momentos extremos, no eran otros sino ellos los que podían conjurar ciertas extremas desventuras. De todos sus actos, de sus sacrificios eran inmediatos y evidentes los efectos. Cada moneda, cada pedazo de pan que ellos enseñaran, allí estaba pronto una mano descarnada para recogerlo. La piedad permanecía viva por el espectáculo continuo de la desventura, y no había lugar á duda alguna ó á alguna desconfianza que el sentimiento de aquella piedad se entibiase ó hiciera titubear.

Ni se puede racionalmente suponer que el influjo de los superiores tuviese parte en la obra caritativa que no era hecha por obligacion del servicio ó por otra necesidad absoluta, porque las necesarias y obligatorias eran tan frecuentes y gravosas por sí, que ningun superior hubiera podido imponer otras, sin tener remordimientos de conciencia. Además, estando los cuerpos divididos en gran número de pequeñísimos destacamentos y estos mismos destacamentos operando por sí la mayor parte de las veces, subdividida la accion que podían ejercer los superiores sobre sus subordinados para obtener alguna cosa más allá de sus deberes, este influjo era muy exiguo,

y hubiera sido insuficiente para hacer cumplir el deber, si aquellas acciones obedeciesen á otra cosa que á la caridad espontánea.

Por otra parte, las mismas prescripciones de los superiores no llegaban jamás adonde la obra de los soldados llegaba; porque ciertos sacrificios son de tal naturaleza, que no pueden imponerse con ningun fin ni de ninguna manera; y el lector verá cuáles han sido y hasta dónde y cómo las hemos cumplido los oficiales y soldados de todos los cuerpos. Pero si todas estas razones no bastaran para convencer á los incrédulos, ó parecieran demasiado vivos ó fantásticos los colores del cuadro que pongo frente á la mirada del lector, recurro en confirmacion de lo escrito, al testimonio unánime de las poblaciones, y el—no para todos fidedigno, pero para mí segurísimo y sagrado—de tantos compañeros míos de armas y amigos, que vieron y narraron lo que han hecho sus soldados y cómo lo hicieron, con el corazon henchido de ternura, de gratitud y de orgullo. De la llama de sus ojos y del acento de su voz he obtenido el profundo convencimiento que mueve mi corazon y mi pluma.

Entremos pues, en el cuartel: estamos en medio de soldados.